



DONALD JAMES

Monstrum

Un *thriller*
visionario
en la mejor tradición
de *Gorky Park*.

PLANETA

Annotation

Rusia, principios del siglo XXI. Una cruenta guerra civil ha dado paso a una paz vigilada. Desde la recóndita ciudad de Murmansk, el inspector de policía Constantín Vadim es trasladado a Moscú para resolver una serie de crímenes cometidos por Monstrum, el protagonista de una terrible leyenda local. Lo sorprendente es que Vadim no ha investigado jamás un caso de homicidio. ¿Por qué entonces le han asignado a él tan comprometida misión? ¿Tendrá algo que ver su asombroso parecido con el nuevo vicepresidente Koba?

Vadim acabará descubriendo que cuanto más se acerca a Monstrum menos antagónicos se muestran los dos extremos de la sociedad rusa -la elitista y la de bajos fondos- y que ambos están amenazando con destruir la frágil democracia instaurada en el país.

Monstrum es una novela asombrosa y visionaria, una historia de múltiples facetas en la que la relevancia de los ecos históricos y contemporáneos la convierten en un gran thriller político y policial. Ha sido, además, considerada por la crítica como una de las novelas más apasionantes de los últimos tiempos.

DONALD JAMES

Monstrum

Traducción de Agustín Vergara

Sinopsis

Rusia, principios del siglo XXI. Una cruenta guerra civil ha dado paso a una paz vigilada. Desde la recóndita ciudad de Murmansk, el inspector de policía Constantín Vadim es trasladado a Moscú para resolver una serie de crímenes cometidos por Monstrum, el protagonista de una terrible leyenda local. Lo sorprendente es que Vadim no ha investigado jamás un caso de homicidio. ¿Por qué entonces le han asignado a él tan comprometida misión? ¿Tendrá algo que ver su asombroso parecido con el nuevo vicepresidente Koba?

Vadim acabará descubriendo que cuanto más se acerca a Monstrum menos antagónicos se muestran los dos extremos de la sociedad rusa -la elitista y la de bajos fondos- y que ambos están amenazando con destruir la frágil democracia instaurada en el país.

Monstrum es una novela asombrosa y visionaria, una historia de múltiples facetas en la que la relevancia de los ecos históricos y contemporáneos la convierten en un gran thriller político y policial. Ha sido, además, considerada por la crítica como una de las novelas más apasionantes de los últimos tiempos.

Título Original: *Monstrum*

Traductor: Vergara, Agustín

Autor: James, Donald

ISBN: 9788408029038

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 11/03/2019

Donald James

Monstrum

TÍTULO original: Monstrum

© Donald James, 1997

© por la traducción, Agustín Vergara, 1999

© Editorial Planeta, S. A., 1999

Primera edición: marzo de 1999

Depósito Legal: B. 2.021-1999

ISBN 84-08-02903-7

Composición: Fort, S. A.

No existe algo así como un viento favorable para un hombre que no sabe a dónde va.

Séneca (4 a. J. C.-65 d. J. C.)

Monstrum. *Después del tercer asesinato, el nombre estaba en cada grito de alarma, en cada toque de silbato de un policía, en cada voz de mujer en un distrito de Moscú en el que siempre había habido muchas voces y muchos gritos. A la semana del tercer asesinato empezaba a surgir una especie de culto de adoración: la palabra aparecía escrita con detenimiento en las paredes, bordada en la espalda de las chaquetas de los jóvenes que se creían los amos de la calle; en discotecas improvisadas en sótanos, chicas temerarias llevaban camisetas con las manos pintadas del Monstrum sobre los pechos.*

Pero, en las calles, todas las mujeres son iguales. De noche, mientras se apresuran a volver a sus casas, ya no piensan en atracadores que les puedan robar el bolso. Hay una nueva palabra —Monstrum— en el vocabulario de su terror. Como una inmensa ola de agua infectada, la palabra golpea contra las infraviviendas de Presnya la Roja, empapando con sus ecos las vidas de los moradores de los oscu-

ros callejones y de los bloques de apartamentos en ruinas, y deja tras de sí un rastro de miedo.

Todo esto ocurría en Moscú en el año 2015, el año que los rusos creían que marcaría el renacer de su patria.

CAPÍTULO 1

YA HEMOS empezado el descenso hacia el aeropuerto de Moscú. Si miro por la ventanilla del vuelo oficial 120, a través de una abertura entre las nubes veo el río Moskva serpenteando hacia la ciudad. Incluso desde esta altura se aprecia la destrucción. Los distritos en los que las fuerzas anarquistas se hicieron fuertes están prácticamente destruidos por los bombardeos. En el resto de la ciudad todo parece normal.

Descendemos rápidamente. Veo una gran carretera y vías de tren que avanzan paralelas. Al inclinarse el avión para virar, veo el largo lago y un suburbio que debe ser Chimi-Chovrino. Tengo un mapa abierto sobre las rodillas. Muevo los ojos constantemente del mapa al mosaico que se ve por la ventanilla, y otra vez al mapa, intentando reconocer algún lugar en vano.

Mi comportamiento resulta provinciano, pero es que soy de provincias. ¿De dónde? De la ciudad de Murmansk. Habréis oído hablar de Murmansk, ¿no? Está en el golfo de Kola, en el remoto norte. Ésta es la primera vez que vengo a Moscú.

Cuando la nube se hace más densa dejo de ver la ciudad. El cristal me devuelve la imagen de mi cara y yo la examino con el gesto de intensa sorpresa con el que un pájaro ladearía la cabeza al verse reflejado en un espejo. Inclino la cabeza hacia un lado, después hacia el otro. Cuando la azafata pasa a mi lado hago como si estuviera jugando con el cinturón de seguridad.

Creedme, hermanos, no siempre tuve este aspecto. Hoy me veis aquí, con mi nueva nariz, más recta, el labio superior algo más carnoso y arrugas prematuras alrededor de los ojos. Quizá os preguntéis, como lo haría Julia Petrov-

na, que conoce mi vanidad como sólo puede conocerla una ex mujer, por qué iba a querer añadirle unos años a los treinta y tantos que me ha dado Dios. Aunque no sea lo más apropiado para alguien que aspira a ser el héroe de este relato, tengo que responderos que realmente no tuve elección.

Pero, a ojos de Julia, el nuevo aspecto de mi mandíbula, menos pronunciada, me hace parecer más amable. Eso dijo. Y quisiera creer que su comentario estaba concebido sin ironía, por decirlo de alguna manera. Pero, claro, tratándose de Julia nunca se puede estar seguro.

Ahora estamos virando sobre el lago que hay en Chimi. Dentro de diez minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Moscú— Tushino. Los demás agentes de policía que viajan a la capital creen que soy exactamente quien parezco ser: el eminente inspector de homicidios Constantin Vadim —yo, que no he investigado un homicidio en toda mi vida—, que acaba de ser destinado al Distrito Trece de Moscú. Un inspector de homicidios hábil y perspicaz, o al menos eso deducirán mis colegas de mi ascenso. Yo, claro está, sé que no es así.

Y, muy pronto, también lo sabréis vosotros.

Pero para ofrecer os la cronología completa de mí decline es necesario que retrocedamos casi tres meses en el tiempo y que viajemos hasta mi apartamento de Murmansk, donde estaba la histórica tarde del 1 de septiembre del año 2015.

Al oír los insistentes golpes en mi puerta salí de la ducha y me cubrí con una toalla. Este año tenemos calefacción. En septiembre, en Murmansk hace falta calefacción. Abrí la puerta anticipando la ráfaga de aire frío que entraría del descansillo. Dicen que, en septiembre, sólo hace más frío en Norilsk.

—Ésta va de mi cuenta —dijo jadeando el contrabandista.

Estaba apoyado sobre una caja de champán, recuperando el aliento después de subir la escalera de piedra que llevaba a mi apartamento. No podía verle la cara, pero sabía que era Vasikin por la franja de pelo negro que le rodeaba el cráneo amarillento. A su lado había un niño pequeño, de unos seis o siete años, con una parka azul demasiado grande.

Vasikin levantó la cabeza.

—Todo lo bueno se acaba —dijo empujando hacia mí la caja con el pie.

—¿Qué significa todo esto, Vasikin? ¿Qué es lo que se ha acabado?

—¿Es que todavía no se ha enterado, inspector? —dijo sonriendo como un espectro—. Acaban de anunciar que Moscú se ha rendido al Ejército Nacional hace una hora. Los anarquistas se han rendido en todos los frentes. Hemos ganado la guerra, inspector.

—¿Ha caído Moscú? ¿El Frente Popular ha capitulado?

—Han ganado los buenos —dijo el niño.

Vasikin se frotó la calva y se permitió esbozar otra sonrisa fantasmal.

—Le traigo champán para celebrar la paz. ¡Esperemos que sea tan buena para los negocios como la guerra! —añadió piadosamente.

Los dos me observaron sin moverse mientras yo cogía la caja de champán y la ponía encima de la mesa del recibidor. Vasikin es alto, desgarbado, y tiene forma de pera. La ropa que lleva parece haber sido elegida cuidadosamente entre las prendas desechadas por algún occidental rico. Lleva un viejo traje azul a rayas y una corbata amarilla estampada con cabezas de caballo. Con su triste mirada, parece un dandi andrajoso.

—¿Qué va a hacer ahora que ha llegado la paz, Vasikin? ¿Volverá a Petersburgo?

—Mi hijo prefiere que nos quedemos en Murmansk.

El niño tenía los grandes ojos marrones de su padre. Asintió con un movimiento de cabeza, confirmando sus palabras.

—¿Es su hijo el que decide en la familia?

—La familia somos sólo nosotros dos.

—¿Por qué crees que han ganado los buenos? —le pregunté al niño.

—Porque tenemos amor por Rusia en nuestros corazones —me contestó sin dudar—. Y amor por la justicia.

Miré a Vasikin y él se encogió de hombros.

—¿Crees que los del Frente Popular no tienen amor en sus corazones?

A su edad, no hay dudas a las que enfrentarse.

—Los anarquistas y los marxistas sólo sienten amor por sí mismos —afirmó el niño con autoridad.

No le ofrecí una copa a Vasikin. Eso habría roto el delicado equilibrio que regía nuestra relación. Todos los inspectores de la comisaría del Distrito Siete de Murmansk saben cómo funcionan las cosas: se aceptan regalos de Vasikin y, a cambio, se hace la vista gorda sobre su abarrotado almacén. Pero nunca se le invita a sentarse a tu mesa.

Cerré la puerta y me quedé mirando el champán. Desde luego, el final de la guerra no me cogía por sorpresa. La alianza marxista-anarquista, que luchaba bajo el nombre de Frente Popular, llevaba tiempo retrocediendo en los principales frentes de batalla. Y, ahora, la larga guerra civil por fin había terminado. Nuestro ejército, el Ejército Nacional, más exactamente el Ejército de la Democracia Nacional, con su bandera blanca con un águila negra de dos cabezas, había vencido. El profesor Piotr-Pavel Romanov y el general Leonid Koba por fin habían conseguido la victoria.

Como todas las victorias, el precio a pagar era muy alto. Daba la sensación de que la mitad de la superficie de Rusia había retrocedido mil años en el tiempo. En aquellos lugares donde las fuerzas del Frente Popular acababan de ser derrotadas quedaba un vacío de poder que nuestros

ejércitos blancos tardarían tiempo en ocupar. Había que acabar con los señores de la guerra que dominaban las marismas y los bosques antes de poder empezar la reconstrucción. Pero al menos Moscú había caído. Ya sólo era cuestión de tiempo que el presidente de Estados Unidos reconociera el nuevo gobierno del partido de la Democracia Nacional de Rusia.

Los buenos ciudadanos de Murmansk celebrarían su buena fortuna. El pueblo de Murmansk había apoyado al partido de la Democracia Nacional desde el principio de la guerra, hace cinco años. Al contrario que tantos otros a lo largo y ancho de Rusia, nuestro sufrimiento había sido escaso. Y ese día había llegado la victoria. Aunque, en mi caso, una profunda sombra oscurecía esta victoria.

Llevé la caja de champán a la cocina, saqué dos botellas, abrí la ventana y las dejé sobre la comisa para que se enfriaran. Me quedé unos instantes mirando cómo se ponía el pálido sol sobre los tejados de los bajos edificios de la década de los ochenta que tapaban el golfo de Kola. El aire frío me acariciaba el pecho. En un mes, el sol desaparecería con el otoño. Cuatro meses de noche ártica. Temperaturas tan bajas que era necesario encender braseros en las paradas de autobús para que los trabajadores no murieran congelados mientras esperaban haciendo cola. Pero había paz.

Al empezar la guerra, yo tenía una mujer a la que amaba, aunque nuestras ideas fueran diferentes. Cinco años después, eran mis ideas las que habían vencido. Pero era Julia quien se había hecho famosa, era ella quien se había convertido en una importante general, en una hábil líder de una división formada exclusivamente por mujeres. ¿Cómo no iba a hacerse famosa? Durante la guerra, los medios de comunicación occidentales habían narrado sus hazañas. El *New York Times* le había dedicado una serie completa de artículos y yo mismo había oído el monográfico dedicado a

la hermosa general anarquista rusa en la emisión para Europa oriental de la BBC.

Pero ¿dónde estaría Julia ahora? ¿Escondiéndose en los bosques de abedules de las afueras de Petersburgo? ¿O sería un alma más en la inagotable marea de prisioneros que se amontonaban detrás de las alambradas de espino? ¿O estaría muerta? Tumbada, Dios quiera que no, debajo de un montículo de nieve azotado por el viento, en cualquiera de los escenarios de batallas en los que habían caído fuerzas anarquistas entre Petersburgo y Murmansk.

CAPÍTULO 2

MURMANSK en fiestas. La idea le habría hecho reír a Julia. Pero seguro que se habría parado, como lo hice yo, a mirar cómo bailaban el *jitterbug* en la plaza de Koba. El jazz americano de mediados del siglo XX estaba de moda. Vi a unas niñas pequeñas vestidas con zapatillas de ballet y enaguas cosidas por sus madres. Después me fijé en una chica alta y fuerte que bailaba voluntariosamente con su pareja. La chica llevaba una minifalda y zapatos de tacón. Con un ritmo y un estilo magníficos, luchaba con su pareja, hasta que consiguió que fuera él quien la siguiera a ella.

Tengo treinta y ocho años; se supone que soy demasiado joven para sentirme nostálgico. Aunque a veces pienso que los rusos ya nacemos sintiendo nostalgia. Somos como los irlandeses; estamos obsesionados con nuestro pasado. Y puede que también nos parezcamos a los irlandeses en alguna otra cosa. Sea como sea, ahí de pie, en un lado de la plaza, mirando cómo bailaban los estudiantes, me sentí conmovido. Me recordó mi juventud, que, en vez de durar años, parecía haber transcurrido en unas pocas horas.

De vez en cuando, los silbidos acallaban a la banda de música, y el ruido de los timbales anunciaba la llegada de otra columna nacional victoriosa. Entonces, los bailarines se hacían a un lado y empezaba a oírse un lento aplauso que crecía hasta convertirse en un tremendo vitoreo cuando un nuevo regimiento de infantería desfilaba a través de la plaza, con sus uniformes raídos, detrás de las inmensas banderas blancas con las águilas negras de dos cabezas de la vieja Rusia.

Y, entonces, los músicos de jazz entonaban la *Rodina*, nuestro himno nacional, y el gentío cantaba y lloraba de